

entre los que figura, en lugar eminente, la genuina tradición eclesial. Además, las explicaciones de Bonnard aportan frecuentemente elementos que, aclarando el texto, permiten al lector proponer nuevas soluciones a los grandes problemas. Todo ello ha contribuido para que, como hemos indicado, este comentario sea una referencia obligada en los estudios sobre el EvMt. Escribía X.Léon-Dufour en el ya lejano 1965 (*RSR* 53 [65] 610): “L’œuvre marquera l’exégèse de Matthieu pour de nombreuses années”. La publicación del presente volumen muestra el acierto de esta predicción.

LUIS SÁNCHEZ NAVARRO

E. TROCMÉ, *L'Enfance du Christianisme* (Paris, Hachette, 1999; Paris, Noesis 1997)
216 pp.

El estudio de los orígenes del cristianismo ocupa un lugar importante en el panorama de las publicaciones teológicas de lengua francesa de los últimos años. Algunas de ellas se ha ocupado de las relaciones entre el cristianismo y el judaísmo en el siglo primero (Grappe, Mimouni, Blanchetiere), y otras de los comienzos del cristianismo en general (Vouga, Nodet – Taylor, Sachot). La obra de E. Trocmé pertenece a este último grupo, pues tiene como objetivo describir el proceso a través del cual el cristianismo se convirtió en una religión adulta. De ahí el título, “La infancia del cristianismo”, que evoca ese periodo de la vida que conduce hasta la edad adulta.

No es un trabajo de investigación, sino de síntesis. El viejo profesor, emérito de la universidad de Estrasburgo, que es la cuna de algunos de los investigadores antes mencionados, ha querido dejar constancia de su particular visión de los orígenes cristianos, fruto de largos años de lecturas y reflexión sobre los escritos que produjeron los primeros cristianos. Las notas son, por tanto, muy escasas, y da la impresión que se reducen a aquellos libros que han contribuido a configurar la visión del autor.

La tesis de fondo que se quiere ilustrar es que el cristianismo no llegó a configurarse como religión adulta hasta bien entrado el siglo segundo. Frente a una visión más ingenua, según la cual el cristianismo contenía ya desde sus mismos inicios todos sus elementos constitutivos, Trocmé sostiene que mucho de lo que el cristianismo llegó a ser en su edad adulta depende de las circunstancias y opciones que los diversos grupos cristianos tomaron en este primer siglo de su existencia. Esta visión de los orígenes cristianos es prácticamente un axioma en los estudios especializados sobre el tema, aunque se explica que el autor insista sobre ella debido al carácter divulgador de esta obra. El interés de esta obra en el contexto de los recientes estudios sobre el cristianismo naciente no reside, por tanto, en la tesis central, sino en el desarrollo de la misma, en su capacidad para percibir la historia de los primeros grupos cristianos detrás de los escritos que produjeron, y en sus sugerentes hipótesis de reconstrucción.

El índice del libro ofrece una primera idea de sus opciones e intereses. Contiene trece breves capítulos, que pueden agruparse –aunque el autor no lo hace- en cinco

bloques. El primero de ellos (caps. 1 y 2) está dedicado al judaísmo de la época de Jesús, y el segundo a Juan Bautista y a Jesús. Lo más interesante de estos capítulos es su misma existencia. Otros libros sobre el cristianismo naciente optan por comenzar con la experiencia pascual, pero Trocmé se sitúa entre aquellos que piensan que el cristianismo no puede entenderse al margen de su contexto vital y de la obra de su fundador.

Un segundo bloque (caps. 3 y 4) está dedicado a la primera iglesia de Jerusalén y a la actividad de los helenistas. Según él, fue en Jerusalén, y no en Galilea, donde el grupo de los discípulos de Jesús comenzó a organizarse, cultivando una estrategia misionera que aprovechaba las peregrinaciones de los judíos de la diáspora. Fue en Jerusalén donde se configuró también el grupo de los helenistas, cuyas posturas dieron lugar a un conflicto interno que aún es perceptible en el relato de Hechos (Hch 6-8). La ruptura que se produjo entre la comunidad de Jerusalén y el grupo de los helenistas dio lugar a una misión abierta a los paganos.

El tercer bloque (caps. 5, 6, 7 y 8) está dedicado a Pablo: sus primeros pasos hasta la asamblea de Jerusalén, su huída hacia delante, su tarea como fundador de iglesias en Asia Menor y Grecia, y finalmente su talante como teólogo y sus últimos días. Es una reconstrucción de la vida de Pablo centrada en el periodo del que más datos poseemos gracias a sus cartas y al libro de los Hechos. Sus cartas son una excelente fuente de información sobre el grupo de comunidades fundadas por él en la década de los cincuenta, y es lógico que el autor le dedique un tercio de su obra. Con todo, en una reconstrucción de los orígenes cristianos es importante tener presente que se trata de un grupo concreto en un área geográfica concreta y en un periodo de tiempo concreto. Lamentablemente sabemos muy poco de otros grupos cristianos durante este mismo periodo de tiempo, y ello contribuye a crear esta ilusión de que el cristianismo de la primera generación puede reducirse prácticamente al cristianismo paulino.

El cuarto bloque (caps. 9, 10 y 11) estudia los principales desarrollos del cristianismo después de Pablo hasta finales del siglo primeros, comenzando por el impacto que tuvo en ellos la gran crisis de los años 60. Fue una crisis interna motivada por la desaparición de los líderes de la primera generación, y una crisis externa debido a la nueva configuración del judaísmo después de la destrucción de Jerusalén y su templo. La comunidad de Jerusalén perdió su importancia e influjo, y las comunidades vinculadas a ella trataron de presentar al cristianismo como la forma perfecta de judaísmo en conflicto con la interpretación farisea que se imponía poco a poco en las comunidades judías de la diáspora. El intento no prosperó, pero esta situación creó el clima apropiado para un nuevo despertar de los herederos de Pablo, hasta entonces recluidos en comunidades con muy poco influjo.

El último bloque (caps. 12 y 13) está dedicado a los desarrollos del cristianismo en el cambio de siglo, camino de un cristianismo adulto; y a la fase de consolidación y helenización que caracteriza la primera mitad del siglo II. Es un estudio menos pormenorizado, que tiene como base los escritos de ésta época, canónicos y no canónicos, desde los últimos escritos del NT hasta la obra de los primeros apologistas.

Hay tres cuestiones de fondo que pueden servir para valorar esta obra: la delimitación del periodo que el autor caracteriza como "infancia del cristianismo", el uso de las fuentes, y los modelos utilizados en la reconstrucción. No hay una reflexión explícita sobre el primero, aunque en los capítulos finales y en la breve conclusión de la obra el autor se inclina por situar el final de este periodo hacia los años 125-150. Hacia el año 100 el cristianismo habría descubierto su propia identidad, y hacia el 150 el habría entrado en su edad adulta (p. 210). La obra está dedicada principalmente al cristianismo del siglo I, que es el área de especialización del autor, mientras que a los desarrollos posteriores se les dedican los dos últimos capítulos que son más generales, dando así una sensación de cierto desequilibrio.

El uso de las fuentes es uno de los aspectos más atractivos de esta obra. Las cartas de Pablo y el libro de los Hechos, de los que el autor demuestra un detallado conocimiento, son la principal fuente para la reconstrucción histórica. La lectura que Trocmé hace de ellos y de otros escritos cristianos desde la perspectiva del historiador es siempre sugerente. Con frecuencia no tiene espacio para exponer con detenimiento los argumentos que fundamentan sus hipótesis, pero éstas generan en el lector un gran interés. En el tejido de estas hipótesis va apareciendo una imagen más nítida y viva de los desarrollos de las primeras comunidades cristianas que llegan a cautivar al lector interesado por el tema, aunque es evidente que el lector especializado no siempre puede compartirlas.

Finalmente, uno de los aspectos más deficientes de este libro es la total ausencia de una reflexión sobre el modelo explicativo que se utiliza. La intención del autor es proponer una reconstrucción del cristianismo naciente desde el punto de vista histórico y hacer lo de forma objetiva. Ahora bien, para lograr esta objetividad es necesario hacerse consciente de los propios presupuestos y recurrir a "instrumentos correctores" de la propia visión necesariamente condicionada personal, social o confesionalmente. No sería justo reclamar al Prof. Trocmé, en la última etapa de su fecunda vida académica, una aplicación reflexiva de los modelos de las ciencias sociales a su reconstrucción del cristianismo naciente, pero sí debemos advertir a quienes lean su obra que ciertas visiones pueden estar mediatizadas por un puesto en la vida no suficientemente explicitado.

Estas observaciones críticas no restan nada de su valor a esta obra, que logra captar la atención del lector casi desde el comienzo. Es un libro escrito con agilidad, escueto y claro en sus opciones, valiente en sus planteamientos. Es una obra de madurez, liberada de la servidumbre de las referencias constantes para fundamentar las propias afirmaciones, y sin embargo fundada en muchas lecturas y reflexiones. Quienes deseen introducirse en el apasionante tema de los orígenes cristianos encontrarán en él un buen guía.

SANTIAGO GUIJARRO